

que respecta al tema central tratado en él, a la nitidez de su pensamiento, a su resistencia a la manipulación de “lo vasco” por parte del nacionalismo y la izquierda abertzale. Debe agradecer la entereza de los autores en una época donde predomina el silencio de los *buenos*, donde es llamativa la intencionada tergiversación de los hechos del pasado y del presente, y donde la paz sin justicia, ni verdad y a cualquier precio supone una grave tentación, injusta e inmoral *per se* y nefasta por sus consecuencias.

Se asiste a una revolución desde arriba, desde el seno de las más altas instituciones públicas del Estado liberal-socialista, mientras que los terroristas y su entorno, que son los verdaderos protagonistas, pretenden acallar las voces de las Víctimas, y los negociadores ahogan un futuro lleno de amenazas.

JOSÉ FERMÍN GARRALDA ARIZCUN

Ricardo Aldana: “TODO CONSISTE EN ÉL” (*)

Con el subtítulo de “En la senda de von Balthasar y von Speyr”, Ediciones Encuentro nos presenta esta obra del Padre Ricardo Aldana perteneciente a los Siervos de Jesús, director del Centro Balthasar creado recientemente en Granada.

Como dice el prologuista M. Iglesias S.J. es éste un libro para leer despacio porque “*su contenido es manjar recio que supone capacidad de interiorización*”. No en vano, nos presenta en 11 capítulos una síntesis del pensamiento de von Baltasar y su dirigida espiritual von Speyr, lo que supone un tremendo esfuerzo de concentración de ideas sin menoscabo del contenido de ellas.

Por eso, al intentar hacer una reseña de este libro no puedo dejar de acordarme de aquella escena de humor protagonizada por Tip y Top en la que uno de ellos, el profesor, le preguntaba al otro, el alumno, cuáles eran las 5 partes del Mundo y, después de un pequeño titubeo, le contestaba: “*las 4 partes del mundo son 3; Europa y Asia*”.

Y es que al hacer la síntesis de la síntesis se puede correr el peligro de achatar algo que no admite reducciones. Pero, en este caso, estamos ante una aparente paradoja, porque precisamente la tesis del libro es demostrar que el misterio del hombre y el mis-

(*) Encuentro, Madrid, 2006.

terio de Dios se reducen a una sola cosa: “*El amor que viene de Dios y se derrama en los corazones de los cristianos (cf. Romanos 5,5) es el único que puede dar a la vida humana una ética definitiva (pág. 41)*”. De ahí su título: *TODO CONSISTE EN ÉL*.

Como el propio autor declara en la presentación de su obra, lo que trata es de recoger el estilo ignaciano de von Balthasar y von Speyr con el que el santo de Loyola describe, en el núm. 23 de sus *Ejercicios Espirituales*, la situación del creyente que se presenta ante Dios Padre, Creador del cielo y la tierra y, de esta contemplación, percibe lo que esto significa respecto de la finalidad de su existencia y de la existencia del mundo.

Este *sentido de la creaturalidad* como base de la existencia del cristiano constituye el motivo principal del desarrollo de este libro, verdadera joya teológica presentada a través de once temas de gran actualidad, como son: el amor, la libertad, la familia, la sexualidad, la salud y la enfermedad, la vejez, la muerte, la individualidad y la comunidad, la ascética, el sentido de la vida; en fin, lo más esencial que la persona puede preguntarse para buscar alguna respuesta a las eternas preguntas ¿de dónde vengo? ¿Adónde voy?

La obra parte del análisis de la ascética cristiana que se identifica como *la renuncia al propio yo que se llama humildad y que permite al hombre vivir de lo que es más humano, es decir, de la fe, la esperanza y la caridad*. Es decir, es un reflejo de *la ascética de Jesús que es la de no vivir sino para hacer la voluntad del Padre*.

De la fe y la esperanza nace la obediencia al amor de Dios y al prójimo que determinan la posesión de una libertad verdadera que no tiene límites pues está basada en el amor ilimitado de Dios; por el contrario, *el modo de pensar acerca de la libertad, como la posibilidad de hacer lo que yo quiera con las menos limitaciones posibles, es el modo de pensar del liberalismo moderno que es en realidad una filosofía de la resignación, porque siempre termina aceptando que la libertad que pregona no es posible. Mi libertad es algo limitado por la voluntad de otro*.

Al analizar las consecuencias del amor de Dios a los hombres, se deduce que la vida cristiana es una interpretación del amor de Dios, puesto que élla es siempre una respuesta, que viene en segundo término, a la primaria acción de Dios respecto del hombre. De esta forma, *al actuar a partir de la acción de Dios y en función de ella, es esencialmente escatológica, es decir hace presente la segunda venida de Jesucristo*.

Esta afirmación, que puede resultar, a primera vista, un poco artificiosa, es, sin embargo, una de las líneas maestras del pensamiento de

von Balthasar ya que, como bien dice el autor, *el cristiano actúa de cara a esta segunda venida en la gloria del amor que juzgará todas las acciones habidas a lo largo del tiempo y, sobre todo, porque actúa en la historia del mundo y en la vida eterna, viendo las cosas desde el futuro*, en el sentido de que las ve desde el punto de vista de Dios, *que piensa y actúa en sentido progresivo: "Dios nos ama tal como seremos según su propio don, no como somos según nuestro propio mérito"* (II Sínodo de Orán).

A lo largo de la lectura de esta obra se respira continuamente esta atmósfera de que se nos está ofreciendo una exposición en clave de "lógica divina", o, como se acaba de decir "desde el punto de vista de Dios". A mi juicio, es lo más atractivo del libro que comentamos: nos transmite esa certeza moral que sólo nos da las verdades de fe.

El análisis de la dualidad individuo-comunidad nuevamente lleva al autor a la consideración de que ambas entidades provienen de Dios *que no permite a nadie desarrollar su existencia en aislamiento. Dios da nueva vida al yo por medio de la comunidad, la cual a su vez recibe siempre de Dios nueva vida. Esta vida nueva no se puede explicar ni simplemente a partir del yo ni simplemente a partir del tú sino únicamente a partir del "más" que es la comunidad y que implica una participación en la vida eterna de Dios.*

Siempre se ha dicho que la conciencia del propio yo es una de las demostraciones más racionales de la existencia de Dios. Aquí en esta obra aparece expuesta con meridiana claridad. Se parte de la observación de que *el misterio de la comunidad se manifiesta en el hecho de que los individuos pueden establecer una comunicación entre ellos precisamente porque la individualidad de cada uno no puede ser común. El comunicarse, es decir, el formar comunidad, es posible sólo a los seres libres, que actúan a partir de sí mismos, a partir de su incommunicable autoconciencia. La autoconciencia incluye, aunque no se haga de ello una reflexión consciente, que "Dios es" porque sólo en Él "yo soy" es absoluto y sólo gracias a Él nuestro "yo soy" tiene consistencia.*

A partir de la condición de individuo de la raza humana se superpone la de persona, dada *por la donación personal de Dios al hombre*, al entrar éste en relación sobrenatural con Él. Esta distinción entre "individuo o ser humano" y "persona" debemos tenerla muy presente y más en la actualidad, donde, en gran parte de los cuerpos legislativos, se mutilan derechos inherentes a la persona bajo el engañoso vocablo de "derechos humanos", subterfugio propio de las ideologías laicas e, incluso, liberales, para eliminar mediante el lenguaje los derechos inherentes a la "persona" en cuanto tal, es decir, en la naturaleza adquirida mediante la donación que Dios le ha infundido.

Respecto a la familia, y, en concreto, al matrimonio cabe destacar cómo se responde a la pregunta que hoy día muchos jóvenes se hacen de *“si la muerte disuelve los lazos con este mundo ¿no hay que considerar el amor entre hombre y mujer como algo finalmente pasajero y, por tanto, como algo que no llega realmente a entrar en la constitución de la persona humana?”*. Y se sigue preguntando *¿cómo dos seres personales, hombre y mujer, pueden donarse mutuamente con amor personal, que supera con mucho la esfera biológica, en la forma de unión sexual?; ¿cómo lo que no es de por sí sino servicio al ciclo de la vida puede tener un valor que trasciende ese ciclo como puramente natural?*

La respuesta nos explica que cada matrimonio, como ya aparece en el Antiguo Testamento, se funda no sólo en la necesidad de tener hijos sino también en constituir un eslabón de la cadena de la Alianza de Yahvé con su pueblo: *“Porque el hombre y la mujer viven en alianza con Dios, desde el inicio de su existencia, el verdadero encuentro entre ellos tiene lugar en Dios y, por eso, tiene el carácter de indefectible”*.

En cuanto a la diferenciación sexual entre hombre y mujer, el autor comenta que, mediante ella, *se inscribe en el ser humano el destino de la fecundidad, que es biológica y espiritual al mismo tiempo*. Y recurre directamente al Génesis para afirmar que *el varón descubre en la mujer, y viceversa, su propio ser humano, pero precisamente sólo cuando acepta la diferencia, es decir, cuando dice sí al Creador, que ha querido poner su imagen y semejanza no sólo en cada uno, como se ve en Adán que tiene ya una relación con Dios —puesto que recibe su “aliento” (Gen. 2.7)— antes de que exista Eva, sino también en la unión de ambos (Gen. 1,26-27)*.

La salud y la enfermedad *pueden explicarse cristianamente si son consideradas como medios y no como fines. El cristianismo está muy lejos de glorificar la enfermedad como un valor en sí misma. Pero cuando ésta viene es necesario evitar una falsa compasión, que en el fondo es un temor de que el Redentor no se haya ocupado radicalmente de todos los males del hombre. En realidad, la concreta finalidad de la enfermedad es hacer de nosotros hombres que confíen más en Cristo*.

La vida del cristiano es alabanza de Dios, como dice Jesús de la enfermedad de Lázaro (cf. Jn. 11,4). Es la misma fórmula que emplea S. Pablo: *“Con alegría prefiero gloriarme de mis enfermedades; así residirá en mí la fuerza de Cristo” (2 Cor. 12,9)*.

La “vejez” como la “juventud” han sido objeto de diversas consideraciones a lo largo del tiempo. Desde el eslogan “es grande ser joven” para promover el consumo de determinadas merca-

derías hasta, en sentido contrario, el mismo Antiguo Testamento donde Moisés, fundador del pueblo de Israel como tal, debe dejarse ayudar por “los setenta ancianos” (núm. 11,16).

Pe ro, como indica el autor, *el principio profético en Israel pone en crisis todas las instituciones de la Antigua Alianza*. Esto es tanto como decir que, poco a poco, Dios va poniendo las cosas en su sitio. Así, *el libro de la Sabiduría elabora este juicio conclusivo: la ancianidad venerable no consiste en larga vida ni se mide por los años. (Sb. 4 8)*. Jesús es el que nos proporciona la solución definitiva: “*el que no recibe el reino de Dios como un niño , no entrará en él*” (Mr. 10 15). El autor nos previene de que *si Jesús hablara a partir de las condiciones humanas de la existencia, esta actitud del niño, que se traduce en fe, esperanza y caridad, no podría ser un modelo consistente para la existencia de nadie. Pero que dado que Él posee la eterna vitalidad del estar siempre engendrado por el Padre, puede transmitir en la donación de su Espíritu esta juventud suya a los que quieren vivir de su modo de ser*.

Ante este misterio de la perpetua donación del Espíritu, podemos, como nos señala el libro, hacernos la misma pregunta que le hizo Nicodemo a Jesús “*¿cómo puede uno nacer siendo ya viejo?*”. A lo que se nos contesta: *el crecimiento de un cristiano consiste en permanecer en el nacer de Dios. Por eso no se dan santos viejos. Todos, incluso en la ancianidad, son jóvenes*. Aunque no hay que olvidar que *el nacer como niños mediante la fe (cf. 1 P 2,2) no impide el madurar en el juicio (cf. 1 Cor. 14,20)*.

El misterio de la muerte se contempla a partir *de la pregunta acerca de cómo está presente la muerte de un hombre durante su vida. El filósofo cristiano Ferdinand Ulrich ha definido la tarea de ser hombre como “vivir en la unidad de vida y muerte”*.

La muerte nos sorprenderá como una amiga si habiéndola tratado con confianza durante años mediante el diario morir de la renuncia a nosotros mismos, nos muestra finalmente su rostro.

Para dar un sentido teológico profundo al tiempo, el autor recorre las definiciones de “tiempo” dadas por las grandes maestros Platón y Aristóteles pero se detiene en la filosofía de Plotino que en el siglo III de la era cristiana dió una respuesta en el sentido de explicar porqué el tiempo se había separado de la eternidad. *Para Plotino, las preguntas de la filosofía son estrictamente preguntas religiosas, que afectan inmediatamente al destino del hombre. Preguntarse por el movimiento y el tiempo significa preguntarse si el*

alma existe en sí misma y, sin embargo, debe tender siempre hacia sí misma, hacia una verdad de sí misma que nunca llega.

Esta filosofía tiene fiel reflejo en S. Agustín: “*Cuando el alma se aparta de Ti, ella se apresura a alejarte de Ti y busca fuera de Ti lo que no puede encontrar en pureza y transparencia a menos que regrese a Ti*” (Conf. II 14). Esta idea la expresa el autor diciendo: “*El hombre que se convierte de verdad a Dios adquiere una experiencia nueva del tiempo. En primer lugar, experimenta que su existencia entera como pecador que se ha alejado del Creador dirigiéndose pecaminosamente a las criaturas, existencia verdaderamente vana e infructuosa, pertenece ahora al pasado, junto con lo que habría sido su futuro y presente*”.

Es decir, se concluye que *la gracia que convierte al pecador transforma también su tiempo*, algo que ya S. Pablo expresó en 2 Cor. 4,16: “*nuestro hombre interior se va desmornando, nuestro hombre interior se renueva de día en día*”.

En el último tema se reflexiona sobre la búsqueda del sentido de la vida. El autor recoge el pensamiento de Ferdinand Ulrich: “*cuando el hombre se pregunta por el ser (y, por tanto, por el sentido de la existencia), es en sí mismo un abismo, porque se le confía el sí al don del ser (dado por Dios), a él, que es pero no es el ser y, por tanto, lo puede afirmar sólo desde su no-ser el ser*”. De esta forma F. Ulrich encuentra la respuesta decisiva en santo Tomás de Aquino, según el cual en todas las criaturas, puesto que ninguna es el ser, sino que cada una lo tiene porque lo ha recibido, el ser mismo supera siempre lo que cada uno es (es decir, su esencia).

En consecuencia, el autor afirma que *el sentido de la existencia lo percibe sólo el que sabe que no lo puede definir ni delimitar, y lo afirma desde su propia nada*. O lo que es lo mismo: *lo que da sentido a mi existencia es la existencia de todo lo que no soy yo. El sentido existe sólo si es de todos, sólo si es “católico”*.

Todos los capítulos están impregnados de un cierto espíritu catequético, como bien consigna el prologuista, a lo que me atrevo a añadir que “a Dios gracias” pues no abunda en nuestros días ese plus que supone no sólo transmitir conocimientos sino también la fe, nuestra fe, o, mejor dicho, la fe de la Iglesia, compañera inseparable de Jesucristo a lo largo de los tiempos.

Resulta también muy gratificante que cada capítulo nos escenifique mediante un tema literario lo que antes ha desarrollado teológicamente. Y es que Dios también está en las Bellas Artes, tema especialmente defendido por von Baltasar a lo largo de toda su obra.

Para terminar diremos que Hans Urs von Balthasar (1905-1988) es considerado como uno de los intelectuales y escritores-

católicos más importantes del siglo XX, autor de unos cien libros y de cientos de artículos teológicos.

Siendo profesor en Basilea y capellán de estudiantes, conoció a la mística Adrienne von Speyr (1902-1967), que se convertiría del protestantismo a la Iglesia católica bajo su dirección espiritual. La obra de Speyr se convirtió en la una fuente decisiva de inspiración de Balthasar. Juntos fundaron la Comunidad de San Juan, un instituto secular.

En 1972, Balthasar fundó la revista católica internacional «Communio» junto a los teólogos Jean Daniélou, Henri de Lubac, y Joseph Ratzinger. De 1961 a 1987 publicó su obra más importante, una trilogía publicada en quince volúmenes: «Gloria», «Una estética teológica» (7 volúmenes), «Teodramática» (5 volúmenes), y «Teológica» (3 volúmenes).

Falleció el 26 de junio de 1988, un día después de que Juan Pablo II anunciara su intención de crearle cardenal en reconocimiento de su servicio a la Iglesia.

Benedicto XVI, en un mensaje escrito para recordar el centenario del nacimiento de von Balthasar dice de él:

“La teología, tal y como él la concebía, tenía que estar conjugada con la espiritualidad; sólo así, de hecho, podía ser profunda y eficaz. Hans Urs von Balthasar fue un teólogo que puso su investigación al servicio de la Iglesia, pues estaba convencido de que la teología sólo podía caracterizarse por la eclesialidad.

La espiritualidad no hace que disminuya la carga científica de la teología, sino que imprime al estudio teológico el método correcto para poder llegar a una interpretación coherente.

Una teología concebida de este modo llevó a von Balthasar a una profunda lectura existencial; uno de los temas centrales a los que se dedicaba con gusto era el de mostrar la necesidad de la conversión.

El cambio del corazón era para él un punto central; sólo de este modo, de hecho, la mente se libera de los límites que le impiden acceder al misterio y los ojos se hacen capaces de fijar la mirada en el rostro de Cristo.

En una palabra, había comprendido profundamente que la teología sólo puede desarrollarse con la oración que es capaz de percibir la presencia de Dios y se fía de Él obedientemente. Es un camino que vale la pena recorrer hasta el final. Esto exige evitar sendas unilaterales que sólo pueden alejar de la meta y comprometen a huir de las modas que fragmentan el interés por lo esencial”.

Creo que no hace falta añadir más.

LUCIO LIAÑO